

Los filósofos de Hitler

Colección Teorema
Serie mayor

Yvonne Sherratt

Los filósofos de Hitler

Traducción de Manuel Garrido
y Rodrigo Neira Castaño

TERCERA EDICIÓN

CÁTEDRA
TEOREMA

Título original de la obra:
Hitler's Philosophers

1.ª edición, 2014
3.ª edición, 2022

Ilustración de cubierta: Adolf Hitler en la Prisión de Landsberg, 1924
© Hulton/Corbis/Cordon Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Yvonne Sherratt, 2013, 2022
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2014, 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 28.635-2014
I.S.B.N.: 978-84-376-3342-8
Printed in Spain

Índice

LISTA DE ILUSTRACIONES	9
AGRADECIMIENTOS	11
DRAMATIS PERSONAE	13
PRÓLOGO	17
INTRODUCCIÓN	19

PARTE I

CAPÍTULO PRIMERO. HITLER: EL «GENIAL COCKTELERO»	25
CAPÍTULO 2. CÁLIZ ENVENENADO	65
CAPÍTULO 3. COLABORADORES	95
CAPÍTULO 4. EL LEGISLADOR DE HITLER: CARL SCHMITT	127
CAPÍTULO 5. EL SUPERMAN DE HITLER: MARTIN HEIDEGGER	141

PARTE II LOS Oponentes DE HITLER

CAPÍTULO 6. LA TRAGEDIA: WALTER BENJAMIN	171
CAPÍTULO 7. EL EXILIO: THEODOR ADORNO	203

CAPÍTULO 8. LA JUDÍA: HANNAH ARENDT	233
CAPÍTULO 9. EL MÁRTIR: KURT HUBER	253
CAPÍTULO 10. LOS JUICIOS DE NÚREMBERG Y LOS TIEMPOS POSTERIORES	277
EPÍLOGO	317
BIBLIOGRAFÍA	319

Lista de ilustraciones

1. La habitación de Adolf Hitler en Landsberg, 1923. Getty Images, fotografía, 24 de agosto de 1923.
2. Hitler leyendo, Múnich, 1931. Bayerische Staatsbibliothek, Múnich/Fotoarchiv Hoffmann.
3. Dedicatoria de Leni Riefenstahl a Hitler en la primera edición de Johann Gottlieb Fichte's *Sammtliche Werke*, 1848. Library of Congress, Prints and Photographs Division.
4. Hitler mirando el busto de Friedrich Nietzsche, 12 de abril de 1931. Bayerische Staatsbibliothek, Múnich/Fotoarchiv Hoffmann.
5. Encuentro de Hitler con Elizabeth Nietzsche en el Nietzsche Archive, Weimar, 1935. © bpk, Berlin.
6. Carl Schmitt, 1930. Ullstein Bild.
7. Quema de libros, Berlín, 10 de mayo de 1933. © bpk, Berlin/Bayerische Staatsbibliothek/Heinrich Hoffmann.
8. Heidegger en una demostración pública de apoyo de profesores alemanes al nazismo, 11 de noviembre de 1933. Ullstein Bild.
9. Walter Benjamin en la Bibliothèque Nationale, fotografía de Gisele Freund, 1937. © Centre Pompidou, MNAM-CCI, dist. RMN/Gisele Freund/Guy Carrard.
10. Adorno en su despacho de Yale Street, Santa Monica, CA, 1949. T. W. Adorno Archiv, Frankfurt am Main/photographer: Franz Roehn.
11. Hannah Arendt, c. 1930. Granger Collection/TopFoto.
12. Kurt Huber, c. 1941. © Gedenkstätte Deutscher Widerstand.
13. Interior de la sala del tribunal de Núremberg, 30 de septiembre de 1946. Bundesarchiv, Bild 183-H27798/photograph: o.Ang.
14. Roland Freisler. Bundesarchiv, Bild 151-39-23/photograph: o.Ang.

Agradecimientos

Este libro se ha beneficiado de la generosidad y experiencia de una serie de amigos y colegas. Yo quisiera darles mis más expresivas gracias a Keith Ansell-Pearson, Cliff Davies, Ian Drury, Helen Dunmore, Mark Griffith, Henry Hardy John Hatcher, Roger Hausheer, John Herod, Eric Hobsbawm, Mike Inwood, Edward Kanterian, Ian Kershaw, Ben Mason, Robert Mayhew, Thomas Moffatt, Alan Montefiore, Stephen Mulhall, New College, Oxford, Brian O'Connor, Helen Opie, Michael Rosen, Gerd Simon y Nigel Simmonds. Gracias también a Robert Baldock, a Rachael Lonsdale, a mi editor documental Richard Mason y a los anónimos lectores de Yale University Press.

Dramatis Personae

- ADORNO, Theodor (1903-1969), importante filósofo, sociólogo y musicólogo judeo-alemán, miembro de la Escuela de Fráncfort.
- ARENDT, Hannah (1906-1975), importante filósofa de la política, judeo-alemana, amante de Martin Heidegger, casada con el comunista Heinrich Bliicher.
- BAUMLER, Alfred (1887-1968), profesor nazi de filosofía, Universidad de Berlín.
- BENJAMIN, Walter (1892-1940), influyente escritor y pensador judeo-alemán, íntimo amigo de Adorno y Arendt.
- BERGMANN, Ernst (1881-1945), profesor nazi de filosofía, Universidad de Leipzig.
- BOEHM, Max Hildebert (1891-1968), filósofo y sociólogo nazi, Universidad de Jena.
- CASSIRER, Ernst (1874-1945), importante filósofo judeo-alemán.
- CHAMBERLAIN, Houston Stewart (1855-1927), autor alemán nacido en Inglaterra, casado con la hija de Richard Wagner, Eva, adorada por Hitler.
- DARWIN, Charles (1809-1882), principal naturalista de su tiempo, padre fundador de la teoría de la evolución.
- FAUST, August (1895-1945), profesor nazi de filosofía, Universidad de Breslau.
- FICHTE, Johann Gottlieb (1762-1814), principal filósofo idealista alemán.
- FORSTER-NIETZSCHE, Elisabeth (1846-1935), hermana de Nietzsche, que administró el Archivo Nietzsche en Weimar tras la muerte de su hermano.
- FREISLER, Roland (1893-1945), presidente del Tribunal Popular de Hitler en 1942-1945, conocido como «el juez de la horca de Hitler».
- GOETHE, Johann Wolfgang von (1749-1832), escritor alemán considerado la principal figura de su tiempo.
- GRAU, Wilhelm (1910-2000), historiador y pensador nazi.

GRUNSKY, Hans Alfred (1902-1988), profesor nazi de filosofía, Universidad de Múnich.

GÜNTHER, Hans F. K. (1891-1968), investigador racista y eugenista alemán.

HAECKEL, Ernst (1834-1919), fundador del darwinismo social en Alemania.

HAGEMEYER, Hans Johann Gerhard (1899-1993), trabajó en las «Oficinas de Información Filosófica», etc., de Rosenberg.

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich (1770-1831), el más grande filósofo idealista alemán.

HEIDEGGER, Martin (1889-1976), filósofo fenomenólogo y existencialista, colaborador nazi, protagonista de un *affaire* con Hannah Arendt.

HESS, Rudolf (1894-1987), eminente político nazi que compartió la prisión con Hitler en Landsberg.

HEYSE, Hans (1891-1976), rector nazi de la Universidad de Königsberg.

HILDEBERT BOEHM, Max (1891-1968), filósofo nazi, Universidad de Jena.

HITLER, Adolf (1889-1945), canciller de Alemania desde 1933 hasta 1945.

HOFER, Otto (1901-1987), filósofo nazi, Universidad de Múnich.

HORKHEIMER, Max (1895-1973), importante filósofo judeo-alemán, fundador de la Escuela de Fráncfort.

HUBER, Kurt (1893-1943), filósofo conservador y musicólogo alemán, miembro del grupo de resistencia la Rosa Blanca, ejecutado por los nazis.

HUSSERL, Edmund (1859-1938), filósofo judeo-alemán, mentor de Heidegger, quien posteriormente lo traicionó abandonándolo a los nazis.

JASPERS, Karl (1883-1969), psiquiatra y filósofo alemán, casado con una mujer judía, destituido de su cargo por los nazis.

KANT, Immanuel (1724-1804), pensador de la Ilustración, padre fundador de la moderna filosofía europea.

KRIECK, Ernst (1882-1947), profesor nazi de filosofía, Universidad de Heidelberg.

LANGBEHN, Julius (1851-1907), escritor conservador alemán, nacionalista y anti-semita, leído por Hitler.

LESSING, Theodor (1872-1933), filósofo judeo-alemán, asesinado por los nazis.

LÖWITZ, Karl (1897-1973), filósofo judeo-alemán exiliado, discípulo de Heidegger.

MARCUSE, Herbert (1898-1979), filósofo judeo-alemán exiliado.

MENDELSSOHN, Moses (1729-1786), filósofo judío conocido como «el Sócrates judío».

NIETZSCHE, Friedrich Wilhelm (1844-1900), filósofo alemán, considerado como una de las mentes más creadoras de su tiempo.

ROSENBERG, Alfred (1893-1946), miembro eminente del partido nazi, principal teórico racista, líder intelectual.

ROTHACKER, Erich (1888-1965), profesor nazi de filosofía, Universidad de Bonn.

- SCHILLER, Johann Christoph Friedrich von (1759-1805), importante poeta, dramaturgo y filósofo alemán, hondamente influido por el trascendentalismo de Kant.
- SCHMITT, Carl (1888-1985), filósofo y jurista, legislador de Hitler.
- SCHOLEM, Gerhard (1897-1982), filósofo judío nacido en Berlín, pero emigrado a Palestina/Israel, donde cambió su primer nombre por Gershom.
- SCHOLL, Sophie (1921-1943), estudiante filósofa, miembro de la Rosa Blanca.
- SCHOPENHAUER, Arthur (1788-1860), filósofo canónico alemán, influido por Kant, aunque sostuvo que la «voluntad» es el centro de la realidad.
- SCHULZE-SOLDE, Walter (1888-1984), profesor nazi de filosofía, Universidad de Innsbruck.
- SPENGLER, Oswald (1880-1936), filósofo e historiador alemán, leído por Hitler.
- SPINOZA, Benedict (1632-1677), principal filósofo judeo-holandés.
- TREITSCHKE, Heinrich von (1834-1896), historiador derechista leído por Hitler.
- WAGNER, Richard (1813-1883), compositor romántico de ópera; amigo y mentor de Nietzsche.
- WEINREICH, Max (1894-1969), profesor y lingüista judío, nacido en el seno de una familia de habla alemana. Criticó la colaboración de los académicos con los nazis.
- WUNDT, Max (1879-1963), filósofo nazi, Universidad de Tubinga.

Prólogo

Mientras jugábamos de niños en el jardín de nuestra abuela en Suffolk, allá por los años de 1970, mi hermano y yo desenterramos parte de un esqueleto. Yacía sepultado, oculto bajo capas de barro, al final de un serpenteante sendero que conducía a la parte posterior de una graciosa cabaña con techo de paja. En las proximidades del esqueleto, unos desmoronados escalones de ladrillo rojo terminaban en un refugio antiaéreo en ruinas. Reflexionando sobre el origen de los huesos, llegamos a la conclusión de que debían pertenecer a la víctima de algún ataque aéreo, y se los llevamos triunfalmente a nuestra abuela, que estaba en la cocina, enfrascada en la tarea de batir grosellas.

Mi abuela le echó a aquellos huesos un vistazo cargado de aprehensión y luego algo se removió en su memoria. Nos habló de la Segunda Guerra Mundial y de cómo, careciendo de refugio, nuestro abuelo había cavado el suyo propio. Pero mi abuela no se fiaba de aquella protección, y, cuando los aviones nazis volaban sobre la costa este, se metía con sus dos pequeños debajo de la mesa de la cocina. Recordó una ocasión en que, aterrorizada por el atronador estruendo de los aviones, empujó a su hija desde la puerta trasera hacia la cocina, a la vez que caía una bomba cercana, que estuvo a punto de acabar con la escuela local. La explosión sembró el patio de escombros mientras, adornados con las vigorosas líneas de la esvástica, sobrevolaban los aviones.

En busca de nuevas pistas, mi hermano y yo volvimos al refugio, pero todo lo que encontramos fueron unos trozos de metal oxidado que se desmoronaban con solo tocarlos. Mi abuela no sabía nada de aque-

llo, pero nosotros, con nuestro infantil entusiasmo por la aventura, nos esforzábamos por restaurar el esqueleto. En los paseos familiares a lo largo de la costa de Suffolk, saltando al interior de las viejas trincheras, imaginábamos a los soldados allí ocultos durante largas horas, entre las frías y duras piedras, temiendo una invasión de Hitler.

A mi mente acuden también los recuerdos de mi abuelo, sentado en su sillón en un rincón de la habitación, envuelto en el humo de su pipa, quebrada su voz por el sonoro estertor de un asfixiante acceso de tos. O en el exterior de la casa, deambulando por el anchuroso jardín mientras vertía su regadera metálica en macetas de terracota con fucsias de color púrpura.

Allí, en el silencioso y húmedo invernadero, entre filas de geranios y naranjos enanos, nos contó cosas de la guerra y, más vívidamente, de las atrocidades nazis.

Cuando más tarde inicié mi carrera universitaria como estudiante de medicina, una de las primeras conferencias a las que asistí fue pronunciada por el presidente de la Asociación de Médicos Británicos. El conferenciante le planteó a su auditorio el siguiente dilema ético: ¿debería enseñar hechos sobre el cuerpo que pudieran salvar vidas humanas, pero que estuviesen basados en conocimientos adquiridos mediante experimentos humanos realizados con judíos por el Tercer Reich?

Durante años reflexioné sobre esa pregunta y a su debido tiempo cambió mi vida. Cambié mis estudios de medicina por los de filosofía, donde los dilemas éticos protagonizaban el plan de estudios. Conocí los grandes nombres y las obras señeras que versaban sobre los grandes enigmas de la vida. La tradición filosófica alemana parecía particularmente rica y excitante. Solo después aprendí que algo de todo aquello había sido obra de ávidos nazis.

Igual que el esqueleto del jardín de mi abuela, el siniestro pasado de muchos filósofos alemanes ha permanecido oculto. Nadie menciona que algunas ideas impartidas desde la cátedra tuvieron su origen en las mentes de los colaboradores de Hitler. Los estudiantes dábamos por supuesto que los filósofos habrían rechazado el nazismo; después de todo, la filosofía descende de las ciencias *morales*. Presuntamente, cualquier cosa que estuviese relacionada con el nazismo sería enseñada como un ejemplo de corrupción, no como parte del currículum convencional. Recordando a mis abuelos y también las cuestiones suscitadas en la Facultad de Medicina, vine a caer en la cuenta con mis compañeros de estudio de que la academia guardaba un terrible secreto: la historia de cómo se implicó la filosofía en el genocidio.

Introducción

Durante más de setenta años ha preocupado al mundo el horror del nazismo: la emergencia de un tirano de brutalidad sin parangón en Europa, la pesadilla de las cámaras de gas y las atrocidades del Holocausto. En las décadas transcurridas desde entonces, se han contado muchas historias sobre el heroísmo, la colaboración, la tragedia y la traición. Casi ningún grupo de ciudadanos alemanes de aquellos años ha quedado sin mancha como consecuencia de la mancha de Hitler. El análisis ha revelado que muchos funcionarios, trabajadores ordinarios, doctores y maestros de escuela, lejos de ser espectadores inocentes, desempeñaron un papel central para reforzar el poder del tirano¹. Artistas y músicos han figurado vergonzosamente entre los colaboradores. No obstante, desde que Hitler ascendió al poder hace casi ochenta años, nadie ha examinado aún el papel desempeñado por un grupo tranquilo y no comprometido: los filósofos.

La filosofía es un icono de la cultura alemana. Goza de una preeminencia en la herencia de la nación, como la que disfruta la constitución legal de los norteamericanos. Los filósofos eran celebridades. Lo que ellos hicieron, cómo actuaron y qué ideas promocionaron, ha ejercido una poderosa influencia en la imaginación alemana. Sin embargo, mientras que la mayoría de las celebridades son mundanas, se ha considerado que los filósofos son generalmente, por contraste, de otro mun-

¹ Véase, por ejemplo, el contundente y erudito tratamiento de J. Cornwell, 2000.

do, como monjes preocupados por el ámbito de lo etéreo. Perdidos en ideas abstractas, viviendo aparentemente en una torre de marfil, se considera que trascienden el egoísta interés ordinario. Y ciertamente trascienden la crueldad. Pero ¿se mantuvieron siempre por encima de la motivación sórdida? Para responder a esta pregunta contamos la historia de los filósofos de Hitler.

Al hablar de «Los filósofos de Hitler» nos referimos al grupo de pensadores que rodearon a Hitler antes, durante y después del Holocausto. Incluye influencias involuntarias y colaboradores, así como consideramos también tanto a los académicos judíos como a los adversarios de Hitler. Este grupo de pensadores pertenecía a una tradición que tenía sus orígenes en las profundidades de la cultura alemana. De Kant a Nietzsche, de Alfred Bäumler a Martin Heidegger, de Hannah Arendt a Walter Benjamin, todos estos filósofos debatieron las mismas ideas². Muchas de sus vidas estuvieron interconectadas —eran estudiantes, profesores, colegas, amigos e incluso amantes—.

Nuestra historia empieza configurando el escenario: la ciudad de Berlín en la década de 1930. En el primer capítulo introducimos al propio Hitler. Hitler dio por sentado el estatus de la filosofía y su egotismo sobre esta materia fructificó en la fantasía de que él mismo era un gran pensador. De hecho llegó a considerarse a sí mismo como «Filósofo Führer». Con este fin escribió *Mi lucha*, un libro en el que resumió sus atroces creencias. Aunque lo hizo de forma vulgar, Hitler citó a los padres fundadores de la tradición alemana, tales como Immanuel Kant y Arthur Schopenhauer. Profesó adoración por Friedrich Nietzsche y simpatizaba con las interpretaciones alemanas de Charles Darwin. En sus últimos años, Hitler dejaría de alternar con los formidables intelectuales alemanes para hacerlo con sus generales. Encontró además hebras de antisemitismo en la filosofía alemana y usó ideas sobre la raza, la fuerza y la guerra para legitimar su proyecto.

El segundo capítulo desentierra las citadas influencias recibidas por Hitler, presentando las ideas y las vidas de Kant, Nietzsche y los seguidores alemanes de Darwin. Las dotes intelectuales de estos hombres eran grandes. Pero ¿qué es lo que los hizo tan atractivos para Hitler?

² Kant vivió antes de que llegara a formarse Alemania como estado nacional en Prusia, pero es comúnmente considerado como filósofo «alemán».

Los filósofos alemanes del pasado no tuvieron posibilidad de elección en lo que a la usurpación de su legado por parte de Hitler se refiere, pero ese no fue el caso de los que vivieron en la era del Tercer Reich. En el capítulo 3 nos ocupamos de los colaboradores, hombres ambiciosos, que compitieron en la tarea de suministrar un manto de respetabilidad al gangsterismo nazi. Cristianos, eugenistas y filósofos idealistas, todos ellos intervinieron en la difusión de parte de la más perversa propaganda jamás difundida en el territorio europeo. Cosechando las recompensas de una colaboración rentable y ocupando los puestos más prestigiosos en las más importantes universidades de Alemania, pintamos los retratos de oscuros pensadores como Baumler y Krieck y de otros famosos como Schmitt y Heidegger. ¿De qué trasfondos provenían, cuáles fueron sus historias personales y por qué se adhirieron al racismo y a la guerra? En el capítulo 4 contamos la historia de Carl Schmitt, que redactó la constitución legal de los nazis y ganó fama y fortuna como legislador de Hitler. En el capítulo 5 leemos cómo Martin Heidegger ofreció una fuente de justificación al nacionalismo de Hitler y jamás hizo el menor movimiento para distanciarse de su admiración por la autoridad de las leyes del Tercer Reich.

En la segunda parte de *Los filósofos de Hitler* analizamos las vidas de las víctimas judías y de los adversarios intelectuales. Todos perdieron sus carreras y fueron encerrados, forzados al exilio o asesinados. Walter Benjamin, cuya vida terminó en tragedia, es tratado en el capítulo 6. En el capítulo 7 vemos cómo afectó todo aquello a Adorno, que vivió gran parte de su vida como refugiado. ¿De qué manera su experiencia de ser un judío bajo Hitler configuró su obra y generó algunas de las más profundas visiones de la sociedad moderna? Hannah Arendt, estudiante y amante de Heidegger, es una figura controvertida y el tema del capítulo 8. Contamos su historia, cómo escapó de un campo de internamiento y su huida a través de Europa. ¿Cómo pudo una judía mostrar su devoción de por vida a la causa de su pueblo a la vez que su amor por un nazi? Y en el capítulo 9 damos cuenta de Kurt Huber, miembro de la Rosa Blanca y mártir, un adversario conservador que fue ejecutado por los nazis.

La unidad de la comunidad filosófica alemana fue destruida por la emergencia del Tercer Reich. ¿Qué ocurrió en el periodo siguiente? ¿Se hizo justicia? Nuestro relato concluye con los juicios de Núremberg, examinando si algunos filósofos fueron enjuiciados y si las universidades alemanas fueron purgadas de nazis después de 1945. Nos enfrenta-

mos, además, con los filósofos de Hitler hoy. Su impacto en el mundo ha sido enorme. Como ha sucedido con Marx y Freud, muchas de sus ideas se han integrado en el lenguaje cotidiano. Pero ¿quién sabe qué palabras han emanado de los judíos ejecutados y cuáles de sus perseguidores nazis?

Nuestra historia termina siguiendo las vidas de los filósofos de Hitler en lo que se refiere a su legado cultural.

Finalmente, merece la pena decir algunas palabras sobre el estilo literario de *Los filósofos de Hitler*. El libro está escrito como un docudrama, que trae al presente la era histórica y los dramas personales de la gente implicada. Es una obra de no ficción, cuidadosamente investigada sobre la base de material de archivos, cartas, fotografías, pinturas, informes y descripciones verbales, que han sido en todo caso meticulosamente referenciados. Pero está escrita en un estilo narrativo que pretende transportar al lector al vívido y peligroso mundo de la Alemania de la década de 1930.

Parte I

CAPÍTULO PRIMERO

Hitler: el «genial cocktailero»

En los primeros años de la década de 1940, los bombardeos llevados a cabo buscaban la venganza sobre las tierras del Rin, aplastando las magníficas ciudades de Alemania y desplegando a gran escala el escenario de un desastre bíblico. El silencioso murmullo de mil aviones lejanos contrastaba abismalmente con la magnitud de la devastación que causaron: Colonia, Berlín, Fráncfort, Múnich, Friburgo y los Alpes bávaros fueron sistemáticamente sometidos al letal castigo de las bombas, y la civilización germana quedó destruida.

Dos décadas antes, en 1923, en una silenciosa calle de Múnich, la sureña ciudad alemana, un hombre había evocado un desastre parecido. «No importa que un par de docenas de nuestras ciudades renanas fuesen pasto de las llamas. Cien mil muertos nada significarían si con ello se asegurase el futuro de Alemania»¹. El hombre que así deseaba la guerra tenía un aspecto bastante ordinario, vestía con manifiesto desaliño y deambulaba con austero semblante por el gris pavimento de una calle bañada por el último sol del verano. Por aquel entonces no era más que un simple político de provincias que alimentaba fantasías extremistas. Adoraba el fuego. Le encantaba su potencia destructiva, su refulgente luminosidad, su asfixiante humo y su capacidad de consumir en segun-

¹ E. Hanfstaengl, 2005, pág. 85.

dos lo que tardó siglos en formarse. Era un hombre impaciente, con una pasión por lo inmediato y lo dramático. Estaba harto de los políticos tradicionales, con su parloteo interminable y sus tímidas vacilaciones.

El hombre que sustentaba semejante visión apocalíptica tenía treinta y cinco años y discutía sus ideas, estirando las piernas por las pacíficas avenidas de Múnich, con su amigo Ernst Hanfstaengl, un cultivado hombre de negocios germano perteneciente a la alta sociedad². La ciudad estaba en calma, la luz del sol se reflejaba en la blancura del neobarroco Palacio de Justicia y surcaba el espacio llano que circundaba la plaza, antes de ponerse a danzar en las tibias fachadas, coloreadas de ocre, de otros edificios monumentales góticos y neogóticos³. Los distintos parques municipales invitaban a los viandantes a internarse en ellos, a recorrerlos vislumbrando ocasionalmente otras calles de la ciudad, en las que podían verse cestas o macetas con flores y plantas propias del verano. El trepidar de un tranvía lejano, el callado repiqueteo del bastón de un transeúnte, eran los únicos sonidos que acompañaban al murmullo de las voces de ambos amigos, enfrascados en su conversación. Tras reiterar sus belicosas fantasías concluyendo que «Alemania será una potencia mundial o no habrá Alemania»⁴, el político volvió a reflexionar sobre una película que los dos amigos habían visto juntos recientemente. Él había disfrutado del film y discutía ahora, entusiasmado, sus características principales. *Fredericus Rex* (Federico el Grande) se había estado exhibiendo en el cine de la Sendlinger Tor Platz en Múnich durante todo el verano. El político rememoró su escena favorita, cuando el anciano rey amenaza con decapitar al príncipe heredero. «Ese momento es lo mejor de la película», declaró, y exclamó a continuación: «¡Qué clásico ejemplo de disciplina, cuando un padre se manifiesta dispuesto a condenar a muerte a su hijo!»⁵, y el brillo del regocijo resplandeció en sus ojos mientras sumaba, internamente, a la idea de una Renania en llamas la fantasía de una autoridad que imparte brutales castigos. Creía firmemente que la capacidad de causar enormes

² Ernst Hanfstaengl llegó a ser más tarde una figura prominente por razón de su íntima amistad con Hitler y por el papel que jugó posteriormente en el partido. Era un pianista de talento, y a Hitler le encantaba escucharlo tocar el piano.

³ Véase G. D. Rosenfeld, 2000, para un excelente análisis de los edificios de Múnich y su destino durante la guerra.

⁴ Esto fue posteriormente expresado por Hitler en *Mein Kampf*, véase A. Hitler, 1980, pág. 597.

⁵ E. Hanfstaengl, 2005, pág. 85.

sufrimientos sin estremecerse era la última prueba de fuerza, y sentenció: «Los grandes actos requieren medidas severas». Hanfstaengl, sin embargo, parecía estar nervioso —deambulaban por la espaciosa calle y acababan de dejar atrás el monumento a Friedrich Schiller en la democrática Alemania de Weimar, respetuosa con la ley⁶.

Varios meses después, en noviembre de 1923, ese político fue arrestado por la policía de Weimar. Frustrado por el lento fluir del debate regional, había irrumpido pistola en mano en una reunión celebrada en el local de una cervecería de las afueras de Múnich, demandando acción. Dispuesto a incendiar el edificio entero con todos sus inquilinos, había sido buscado y detenido. Ahora estaba a merced de la ley que había tratado de violar.

Aquel político era, por supuesto, Adolf Hitler. En la primavera de 1924, sentenciado y condenado por alta traición a la vista de sus radicales demandas políticas en nombre del nacionalsocialismo, se hallaba encarcelado en la Fortaleza Landsberg, un establecimiento penal en Landsberg am Lech, al suroeste del estado alemán de Baviera.

Vista desde fuera, Landsberg era una edificación típicamente bávara, con paredes de ladrillo de color marrón, enmarcadas por torretas curvas con cúpulas de color ópalo. Las tres plantas visibles del exterior se comunicaban con el mundo a través de unas ventanas de vidrio emplomado con cruces diagonales. Cálidas tejas rojas coronaban la construcción conectando la torrecilla abombada con el techo plano inclinado. La entrada era acogedora con un arco ancho y alto; el diseño tenía en general un aire casero, aunque algo desproporcionado por su gran tamaño⁷.

La celda número 7 era la habitación de Hitler⁸. Sus ventanas eran altas y amplias, y se extendían a lo largo de las dos paredes. Tenían el marco de madera y estaban bloqueadas; una rejilla metálica mantenía alejado al preso del exterior y reflejaba sombras en las paredes que crea-

⁶ *Ibid.*

⁷ La descripción está tomada de la fotografía *Landsberg Prison*, por Heinrich Hoffmann, 1924, blanco y negro.

⁸ Véase M. Deiler, «Landsberg Prison Documents 1923-1924: Adolf Hitler's Imprisonment», en *Civil Association for the Study of Contemporary Landsberg*, núm. 1, 2005. Para un mapa de la prisión durante el tiempo de Hitler, véase *Lageplan Festungshaftanstaltz*, 31 de marzo de 1924, en la misma serie de publicaciones.

ban líneas simétricas en el suelo. Una ventana se abría frente a un muro mientras la otra estaba enmarcada por las ramas de un árbol escaso. Más allá se divisaba un espléndido paisaje campestre con espesos bosques de robles y colinas revestidas de abetos. En un rincón había una estrecha cama metálica pintada de blanco, sobre la cual había un delgado colchón; y un par de pies más allá descansaba contra la otra pared un modesto escritorio de color oscuro acompañado de una pequeña silla. Un amplio espejo pendía de la pared, y el mobiliario en su conjunto daba más la apariencia de una habitación estudiantil que la de una celda espartana⁹.

Un funcionario describió la apariencia de Hitler de una manera que no halagaría seguramente al hombre así descrito ni tampoco cuadraba mucho con el grado de popularidad del que ese hombre disfrutaba en prisión:

Hitler no es físicamente atractivo. Todo el mundo sabe que [...] en el Partido y entre sus admiradores circulan historias que aluden a sus profundos ojos azules... Pero esos ojos no son ni profundos ni azules. Su expresión mira fijamente o parece muerta, y carece de la brillantez y el destello de la verdadera animación. El timbre de su voz severa y poco común es repelente para un alemán del norte. El tono es potente, pero forzado como si su nariz estuviera tapada. De modo que su voz, gutural y amenazadora [...] expresa tormento [...]

Hay algo peculiar en la magia que puede ejercer una personalidad. He descubierto en mí mismo y en otros que uno sucumbe a tal magia solo si desea sucumbir a ella. Y he observado que Hitler ejerce una fuerte impresión en personas muy sugestionables o algo afeminadas o acostumbradas por su educación y procedencia social a formalismos y al culto a la personalidad. Una frente hundida, con el pelo lacio que cae sobre ella, corta e insignificante estatura, débiles y poco garbosas piernas; una boca que nada expresa bajo el breve cepillo del bigote: tales son los rasgos externos de este hombre. Su único encanto reside quizá en sus manos, expresivas y sorprendentemente bien formadas¹⁰.

⁹ Las descripciones están tomadas de las fotografías *Unterhaltungs und Tagesraum Festungsbastanstalt*, por Heinrich Hoffmann, 1924, blanco y negro.

¹⁰ En respuesta a la pregunta, «¿Qué impresión le causa a uno Hitler?», H. Rauschning, 2004, pág. 13.



1. La habitación de Adolf Hitler en Landsberg, 1923. Getty Images, fotografía, 24 de agosto de 1923.